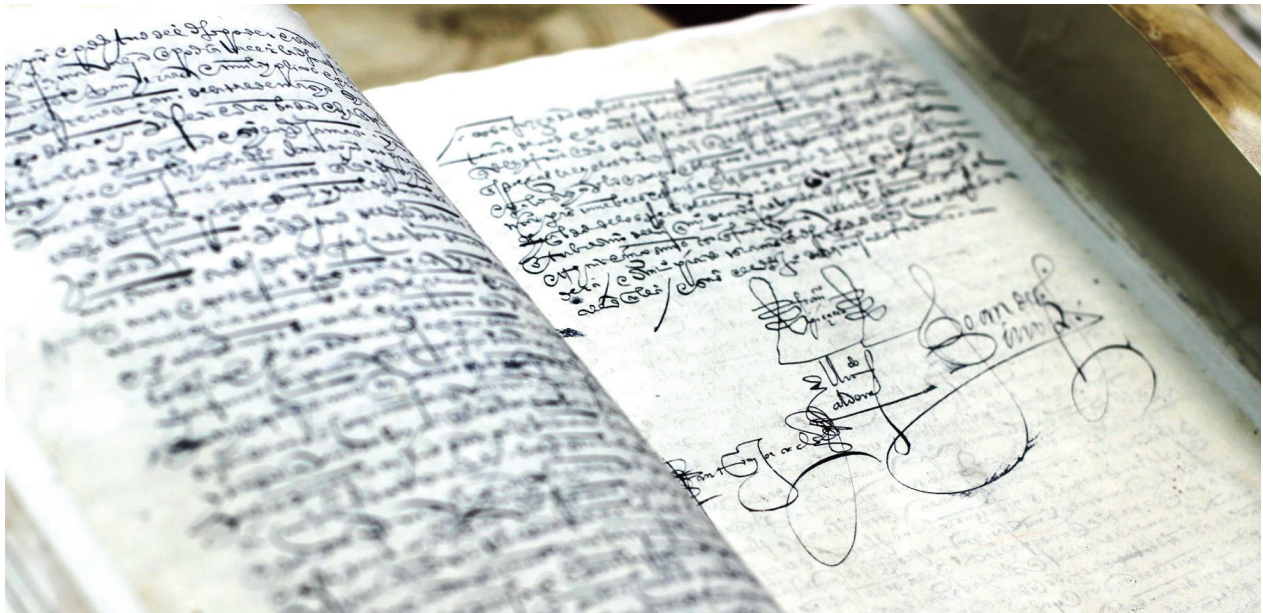


Anotaciones sobre el diario de lecturas ¹

(Una invitación a la experiencia de escritura)

Alex Silgado Ramos

Profesor Universidad del Tolima, IDEAD
Grupo de Investigación Didaskalia



El libro se titula *Fragments of a previous book* del reconocido filósofo español José Luis Pardo. Me seduce fuertemente el libro, quizá, por dos razones. La primera, por el autor; antes había tenido la oportunidad de leerlo en algunas de sus reflexiones sobre la intimidad, y su escritura no evade el espesor: da qué pensar. La segunda, por el mismo título del libro, en especial, por la primera palabra: 'fragmentos'. Hay algo en esa palabra que mueve el pensamiento, la imaginación. Quizá decir fragmento, es tanto como apostar por una escritura inacabada, asistemática, una escritura que ensaya, que se sabe abierta y, por lo tanto, su recepción exige complicidad del lector. Me seduce también por la aparente

simplicidad de su portada. La tentación no da espera. Lo abro al azar y, de súbito, entre sus primeras páginas me encuentro con el siguiente fragmento:

Hay un intento en marcha para librar al lenguaje de su incómodo espesor; un intento de borrar de las palabras todo sabor y toda resonancia, el intento de imponer por la violencia un lenguaje liso, sin manchas, sin sombras, sin arrugas, sin cuerpo, la lengua de los deslenguados, una lengua sin otro en la que nadie se escuche a sí mismo cuando habla, una lengua despoblada. (2004, p.12).

¹Estos apuntes nacen en el curso de Lectura, experiencia y formación de la Maestría en Pedagogía de la literatura del Instituto de Educación a Distancia de la Universidad. Nacen como una invitación a que las lecturas compartidas en el curso fecunden escrituras de la experiencia.

Me detengo. Algo de ese fragmento, de esas palabras allí reunidas, altera la mirada; hay un sutil movimiento del pensamiento. Juego a conjugarlas o hacerlas resonar con las palabras de otros autores, con otros contextos, con otras situaciones. Se me hace que las puedo trasponer al contexto educativo; que es posible hacerlas resonar pedagógicamente.

Nos dan que pensar. Siento su espesor y no me incomoda. Las acojo entonces, me amparan. Advierto en ellas cierta atención al lenguaje, a la lengua, a la palabra. Atención que también es tensión y ahora la padezco. En efecto, soy maestro y encarno un oficio de palabras. Pero no de cualquier palabra, sino de la palabra aún no dicha y que, por tanto, se mantiene siempre abierta, dispuesta al otro. Palabra *alterada*. Palabra *porvenir*. El asunto es que, desde hace rato, me encuentro en la incómoda sensación de que un lenguaje aséptico, desterritorializado, de subjetivado, inmunizado, se ha apoderado del espacio académico, de la escuela misma. Un lenguaje que se torna imposible a la hora de decirnos, de hablarnos, de nombrarnos, esto es, un lenguaje, una palabra que está borrando todo rastro de singularidad, que nos está dejando huérfanos de nosotros mismos en una lengua que ya no es la nuestra, sino la del dato, de la cifra, del estándar, de la competencia, del crédito, de la calidad, de la planificación, de la gestión, de la innovación, del ranking, del índice, de la evaluación, del resultado. Una lengua lisa, pulimentada, sin quiebres, ni aristas, ni énfasis, ni curvaturas, ni porosidades; sin voz, ni tono, ni ritmo; afónica, monocorde, sin sabor, ni resonancias. Una lengua transparente, sin velos, formal y formalizada que solo informa, comunica, consensa y manda: la lengua del deber ser, que no expresa, no balbucea, no susurra ni duda. Una lengua sin secreto, sin intimidad², pero intimidante. Quizá una lengua de nadie y para nadie, aunque supuestamente hable en nombre de todos/as/es.

.....
²Al de decir de Pardo (1996). “Para acceder al lenguaje tenemos que hablar una lengua, y hablarla desde dentro, con nuestra propia voz y con nuestra propia lengua. y ello hace que las palabras nos dejen un residuo en la punta de la lengua, un sabor de boca (dulce o amargo, bueno o malo), lo que ellas nos hacen saber (nos dan saborear)” (p. 52-53).

³En palabras de marina Garcés: “el experto no hace de la escritura un lugar de experiencia, ya que precisamente sólo puede aventurarse a la experiencia de su propia transformación quien está dispuesto a perder lo que ya sabe” (2018, p. 66)

El asunto es que, en el vientre de esta lengua de nadie, nos hacemos nadie también. Por eso nos cuesta hablar en nombre propio; nos perdemos en generalidades, en abstracciones, en *nadiedades*. Nos hacemos prisioneros de los automatismos del lenguaje: nadie está en lo que dice, nadie está en lo que lee, nadie está en lo que escribe, nadie está en lo que piensa, nadie es nadie... Y con ese nadie, es imposible pensar, leer y escribir desde la experiencia, de que lo que pase, nos pase.

Cierro el libro. Algo quedó abierto en *(tre) nosotros...*

Se trata de intentar otros modos de pensar, de decir y de escribir en el espacio académico que subvertan los automatismos de la palabra formateada. El asunto es que nos sentimos un poco agotados por ciertas formas esquemáticas de transitar la palabra en este espacio, donde pareciera que el único registro para validar el pensamiento fuera el artículo científico y donde el ensayo ha perdido su capacidad de ensayar.

Nosotros buscamos otro modo de habitar la escritura; no el de la palabra experta³, esa que en su rigidez deja poco o nulo espacio para la angustia, para la incertidumbre, para el devaneo; sino el de una palabra *sentipensante* que no desprecia las disonancias, que no evade la singularidad, que está preñada de subjetividad y, por lo tanto, está atravesada por la experiencia; palabra encarnada. Se trata de que esta búsqueda de esos otros modos nos condujo al *diario de lectura*; quizá, abriéndonos a la experiencia de su escritura encube la posibilidad de habitar ese tipo palabra *sentipensante* que nos permita, no solo decir de otro modo, sino también pensar y sentir de otro modo o, como señala Jorge Larrosa (2009, p. 196), “escribir no es solo un ejercicio de ‘intentar decir (y decir-nos) de otro modo’, sino también un ejercicio de ‘intentar pensar (y pensar-nos) de otro modo’”.

Entonces, hago más las palabras de Fernando Bárcena (2016):

Escribo estos fragmentos porque no seré capaz de escribir una novela. Escribo mi impotencia; hago emerger fuera de mí lo que se negó a mostrar su rostro. Escribo fragmentos: hilos sueltos de una tela sin coser. Ignoro el propósito de este escrito. Me pregunto si escribir tiene motivos (p. 223)

En la palabra diario hay una invitación; un llamado a la escritura, a una manera habitual de escritura, a una escritura habitual, no necesariamente habituada, pero sí, habitable.

Como la vida, el diario se hace a diario. Cierta incertidumbre le es habitual.

En el diario acontece la escritura, la nuestra, la propia, como un gesto que acrisola el pensamiento y la sensibilidad. O, mejor, acontece una escritura *sentipensante*. Entonces, los movimientos del pensamiento se acompasan con los del corazón. “La práctica del diario le permite afinar la experiencia de sus sentimientos, de sus sensaciones, de sus ideas. Aquellos que se quejan de no poner palabras a lo que sienten, ganarían mucho escribiendo un diario”, dirá Onfray (2019, p. 27), a propósito de Thoureau

El diario puede convertirse en ese puente que comunique el deseo de escribir con la necesidad de la escritura.

Ernst Jünger (1995) veía el diario como una especie de crisol de escrituras en el que, “con gran libertad y por lo tanto sin sacrificar la espontaneidad, puedo comunicar mis impresiones, anotar mis lecturas,

reunir y desarrollar reflexiones personales, contar mis sueños y así por el estilo”. En el diario la escritura encarna su plural: *escrituras*.

Es el diario un laboratorio de escrituras y, por ende, de nuestra propia subjetividad; el lugar del acontecimiento. En diario no solo escribimos, sino también nos escribimos.

En el diario se dan las condiciones para que acontezca la *escritura de sí*. Recuerda uno, entonces, aquellos *hypomnémata* de los que hablaba Foucault (1999); esos cuadernos en los que los griegos cultos ejercitaban su escritura, permitiéndoles anotar reflexiones, meditaciones, citas de cosas leídas, conversaciones consigo mismo, observaciones del mundo y de la vida; anotaciones que se hacían memoria y sobre las cuales podían volver, porque se convertían en lugares de guía y orientación de sí mismos o de otros.

El diario nos revela la fragilidad de la palabra, que es también nuestra fragilidad.

Escribir en un diario es escapar a las posibilidades de uno mismo. Un huir (*u oír*) con, desde y a través de los otros.

En el diario, la escritura entraña riesgo; implica un arrojarse, abrirse a lo que viene, a lo imprevisible. Allí, escribir no tiene que ver con los *pre*; como si algo debiera estar lo suficientemente claro antes de arrojarse a la aventura silenciosa de nuestro ser deviniendo en palabras. Allí, la escritura no necesita de *preámbulo*, más bien, la escritura se convierte en el *ambular* mismo o, mejor, la escritura se torna *funambularia*, siempre andando en la cuerda floja; lo que la emparenta con la vida misma. “Escribir es

intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos – sólo lo sabemos después- antes, es la cuestión más peligrosa que podemos plantearnos. Pero también es la más habitual”, decía Margarite Duras (2014, p. 56).

El 24 de enero de 1856, el joven Thoreau (2009), anotaba lo siguiente:

Un diario debe ser el repositorio de nuestras experiencias, de nuestro crecimiento, no un lugar donde preservar las cosas que hemos dicho o hecho bien. Me vienen a la mente frases que he soltado en una conversación casual –y que inmediatamente he olvidado– que darían mucho lustre a mi diario, en comparación con lo que suelo escribir en él. Lo que se desprende de mí es fruto maduro, seco, repleto de experiencia pasada, que cae con facilidad sin provocar placer o dolor. El encanto del diario consiste en su frescura, en que todavía está algo verde y aún sin madurar. No es este lugar para acordarme de lo que he hecho o he dicho, para quitarme la caspa, sino para decir lo que soy y lo que aspiro a ser. (p. 116)



Escribir un diario es siempre ensayar el escribir. En el diario palabra y pensamiento ensayan. Decir diario es tanto como decir ensayo; allí escribir es ensayar.

Para Silvia Plath, el diario, además de ser un tipo de escritura que permite aguzar la memoria, se convierte en “un depósito o almacén de la imaginación, un lugar donde depositar materiales de urgencia extraídos del subconsciente” (1996). El diario, entonces, se proyecta como una escritura propia que permite reinterpretar y reelaborar tanto lo que somos, como lo que vivimos. E imaginar lo que podremos ser.

El diario, nos dirá Ernesto Sábato (2004), “parece ser un escrito a mitad de camino entre la ficción y el ensayo”. Una escritura bajo el signo de una razón poética.

En el diario, la escritura recupera su condición de borrador.

La escritura en un diario vuelve a ser susurro. No solo dice lo que dice. También sugiere.

Se escribe un diario, no solo para hacer memoria, sino también para provocar (la) memoria.

La escritura de un diario nos *altera*, abre la posibilidad de devenir otro. También con la posibilidad de

encontrarnos o desencontrarnos con ese otro que fuimos, imaginamos ser o, tal vez, seremos.

Tan acostumbrados como estamos a estar siempre orientados, la escritura de un diario requiere aprender a perdernos. Perderse, requiere cierto aprendizaje, nos recuerda Benjamín (1982, p. 15).

Uno escribe un diario para poner algo de uno afuera. La escritura emerge como ejercicio de exposición. En el diario escribir es *ex*cribir.

Al escribir un diario algo de nuestra vida se hace escritura, lo que nos permite descentrarnos, tomar distancia de nosotros mismos y, tal vez, encontrar algún aprendizaje o el lugar para poder darnos un buen consejo.

Todo diario de lectura es un diario de escrituras.

Un diario de lectura es también un diario de viajes. Apertura.

Un diario de lectura es un gran pretexto para desbordarse en una experiencia de escritura. En la experiencia tanto la lectura y la escritura son acontecimientos formativos. En la experiencia del diario tenemos la posibilidad de llegar a ser lo que se es...

Un diario de lectura no es solo el registro o memoria de lo que hemos leído, sino también de lo que hemos vivido. En el diario de lectura leer y vivir se confunden.

En un diario de lectura nos damos cuenta de que leer es siempre aprender a leer.

En un diario de lectura escribir es releer. Y leer, releer es volver a escribir-*se*.

La palabra, la escritura que se pone en juego en un diario de lectura no se desprende de su sabor a vida.

La escritura de un diario de lectura es siempre un ejercicio de relectura.

En un diario de lectura se lee lo que se lee a través de la lectura de lo que se escribe.

Escribir un diario de lectura nos enseña a leer no solo con la cabeza, sino también con todo el cuerpo, con todo lo que somos y vamos siendo.

La lectura que se plasma en un diario de lectura nos muestra que nunca hay lecturas definitivas. También nuestra provisionalidad.

Un diario de lectura nos enfrenta a la provisionalidad del escribir y del leer. Y también, a la de nosotros mismos.

En el diario de lectura la vida siempre tiene un lugar.

Recupera el diario de lectura cierta erótica de la palabra leída y escrita.

En el diario de lectura queda la promesa de futuras escrituras. Y, por qué no, de posibles relecturas.

En el diario de lectura descubrimos la posibilidad de pensar no solo lo que se escribe, sino de escribir lo que se piensa. De sentir lo que se lee y de leer lo que se siente.

Abrir un diario de lectura es aventurarse a la caza de citas que pueden devenir en casa de citas; una morada para la palabra.

Abrir un diario de lectura es también abrirse a la escucha. Leer es escuchar.

Quien abre un diario de lectura siempre está dispuesto a conversar. Una conversación íntima.

Escribir un diario de lectura es convocar la voz de los otros.

*** **

Referencias bibliográficas

Bárcena, F. (2016). *En busca de la educación perdida*. Buenos Aires: Homo Sapiens

Benjamín, W (1982). *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara

Duras, M. (2014). *Escribir*. Barcelona: Tusquets

Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós

Garcés, M (2018). *Filosofía inacabada*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Jünger, E. (1995). *Radiaciones (Diarios de la Segunda Guerra Mundial), Memorias V. I*. Barcelona: Tusquets.

Larrosa, J. (2009). "Palabras para una educación otra". En: Skliar, C. y Larrosa, J. *Experiencia y alteridad en educación*. Argentina: Homosapiens

Pardo, J. L. (2004). *Fragmentos de un libro anterior*. Universidad Santiago de Compostela.

Pardo, J. L. (1996). *La intimidad*. Valencia: Pre-textos.

Plath, S. (1996). *Diarios*. Madrid: Alianza.

Sábato, E. (2004). *España en los diarios de mi vejez*. Buenos Aires: Seix Barral.

Thoreau, H. (2009). *El diario (1837-1861). Volumen II*. Madrid: Capitán Swing.